

A l Q a n t i r

Monografías y Documentos
sobre la Historia de Tarifa

La batalla del Salado (año 1340)

Wenceslao Segura González

La batalla del Salado (año 1340)

Wenceslao Segura González

Introducción

Con el nombre de batalla del Estrecho se conoce al conjunto de operaciones diplomáticas y militares que se desarrollaron en torno a las plazas de Tarifa, Algeciras y Gibraltar desde la segunda mitad del siglo XIII hasta el año 1344. En estas operaciones se vieron envueltos los reinos de Castilla, Granada y Fez, que en uno u otro momento poseyeron las referidas plazas. Aragón, Génova y en menor medida Portugal, estuvieron involucrados en esta prolongada batalla dado sus intereses económicos en la zona del Estrecho y en la conocida como Mancha Mediterránea (porción que va, aproximadamente, desde el Estrecho hasta la actual Túnez). El Papado también intervino, concediendo beneficios espirituales y económicos para animar a los reyes cristianos a continuar la guerra contra los musulmanes.¹

Entendemos que la batalla del Estrecho tuvo su comienzo durante el reinado de Alfonso X, concretamente en el año 1262, cuando el rey de Granada ofreció al castellano las plazas de Tarifa y de Gibraltar, para que le pudieran servir en su proyectada cruzada africana.² Los siguientes reyes, Sancho IV, Fernando IV y Alfonso XI, centraron su política exterior en la conquista de las plazas del norte del Estrecho, lo que traería consigo el dominio de la navegación marítima por aquella zona y la imposibilidad de que los norteafricanos pudieran pasar para ayudar a los granadinos.

¹ LADERO QUESADA, M. A., "Castilla y la Batalla del Estrecho en torno a 1292: la toma de Tarifa" en Los Señores de Andalucía, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, Cádiz, 1988, pp. 405-418 y SEGURA GONZALEZ, W. "Tarifa y el sitio de Algeciras en 1309" Al-Qantir 1 (2003) 1-45.

² BALLESTEROS BERETA, A., Alfonso X el Sabio, Albir, Barcelona, 1984, pp. 362-376 y Crónica de Alfonso X, edición de Manuel González Jiménez, Real Academia de Alfonso X el Sabio, Murcia, 1998, pp. 129-130 y p.136.

La pretensión almohade de unificar el occidente islámico fue heredada por los benimerines, que soñaron con reunir el Norte de África y el al-Andalus bajo su poder. De aquí viene el interés que tuvieron los norteafricanos por la orilla norte del Estrecho. Este proyecto comenzó a realizarse en torno al año 1263, cuando desembarcaron en Tarifa los primeros voluntarios de la fe, prólogo de lo que serían cuatro expediciones que desde 1275 a 1285 produjeron la desolación en el Bajo Guadalquivir. Tarifa fue la principal puerta de entrada de los norteafricanos, habida cuenta de la facilidad y rapidez con la que desde ella se podía acceder a las zonas donde se realizarían los ataques. Tras la muerte del sultán Abu Ya'qub en el año 1307, la intensidad de las intervenciones benimerines se redujeron y no fue hasta el ascenso al poder de Abu I-Hasan en 1331 que los norteafricanos volvieron a dirigir su mirada hacia la Andalucía cristiana.³

Antes de suceder a su padre, Abu I-Hasan había dado muestras de ser un militar convencido. Siendo aún heredero al sultanato dirigió diversas campañas militares, entre ellas un intento para conquistar Gibraltar en 1317 que concluyó en fracaso. Todo hacía presagiar que el ascenso al poder de Abu I-Hasan iba a producir una significativa variación de la política africana respecto a los cristianos.⁴

En febrero de 1333 el nuevo sultán de Fez, Abu I-Hasan, encomendó a su hijo, Abu Malik, que pasase el Estrecho con un fuerte contingente

³ VIGUERA, M^a J., "La intervención de los benimerines en al-Andalus" en Relaciones de la Península Ibérica con el Magreb (siglos XIII-XVI), Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto de Filología, Madrid, 1988, pp. 235-247. Un detallado estudio de las intervenciones norteafricanas puede verse en MANZANO RODRÍGUEZ, M. A., La intervención de los benimerines en la península ibérica, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1922. Véase también GARCÍA FERNÁNDEZ, M., "Las relaciones castellano-marínies en Andalucía en tiempos de Alfonso XI. La participación norteafricana en la guerra por el control del Estrecho, 1312-1350" en Relaciones de la Península Ibérica con el Magreb (siglos XIII-XVI), ob. cit., pp. 249-273 y GARCÍA FITZ, F., "Los acontecimientos político-militares de la frontera en el último cuarto del siglo XIII", Revista de Historia Militar **64** (1988) 9-71.

⁴ Una biografía laudatoria se encuentra en IBN MARZUQ, El Musnad: hechos memorables de Abu I-Hasan, sultán de los benimerines, estudio, traducción, anotación e índices anotados por María J. Viguera, Instituto Hispano-Árabe de Cultura, Madrid, 1977.

militar, que cuatro meses después logró conquistar Gibraltar. Al siguiente año, Alfonso XI se vio obligado a firmar la paz de Fez, que mantuvo sin especiales incidentes la zona durante los cuatro años posteriores.

La pérdida de Gibraltar convertía a Tarifa en la única plaza cristiana en el Estrecho, lo que aumentaba su inseguridad. Años antes, en el 1312, las Cortes de Valladolid convirtieron a Tarifa en una población de asilo, donde aquellos que la justicia determinase podrían cumplir su condena con sólo su estancia.⁵ Recién perdida Gibraltar, el rey Alfonso XI concedió a Tarifa, en octubre de 1333, el singular privilegio de homicianos. Por esta merced a los reos que vivieran en Tarifa un año y un día se les perdonarían sus delitos, incluso el de homicidio; quedando exceptuados la alevosía, traición y herejía. Con estas medidas se pretendía aumentar la población tarifeña y por ende darle más seguridad ante la permanente amenaza musulmana.⁶

Tras la conquista de Tarifa por Sancho IV en año 1292, los granadinos se negaron a reconocer la alteración de las fronteras que ello conllevaba, argumentaban que la ocupación castellana de la plaza tarifeña era una usurpación de las tierras de Granada. De ahí que los musulmanes siguieran tomando al río Barbate como la frontera de su país con Castilla; por ello a Tarifa había que considerarla por aquella época, no como una ciudad fronteriza, sino como una plaza ubicada en el interior de un reino enemigo, sometida a la amenaza simultánea de granadinos y benimerines.⁷

La pretendida intervención de Abu I-Hasan en el reino de Valencia

La paz de Fez no fue más que un interludio durante el cual Alfonso XI y Abu I-Hasan resolvieron sus problemas internos. Durante estos años se tenía la seguridad de que la gran invasión que preparaban los

⁵ Cortes de los antiguos reinos de León y de Castilla, Real Academia de la Historia, 1861, volumen 1, p. 204.

⁶ SEGURA GONZÁLEZ, W., Los privilegios de Tarifa, Acento 2000, Tarifa 2002, pp. 55-73. La transcripción de toda la colección documental del Archivo Municipal de Tarifa se encuentra en VIDAL BELTRÁN, E., "Privilegios y franquicias de Tarifa", *Hispania* **66** (1957) 1-78.

⁷ Un resumen del conflicto creado por negarse Sancho IV a entregar la plaza de Tarifa a los granadinos después de conquistarla a los benimerines, puede verse en GAIBROIS DE BALLESTEROS, M., Tarifa y la política de Sancho IV de Castilla, Real Academia de la Historia, Madrid, 1920, pp. 29-33 y W. Segura González, "Tarifa y el sitio de Algeciras de 1309", ob. cit.

norteafricanos iba a iniciarse por el reino de Valencia y no por el sur peninsular como finalmente fue. Varias razones apoyaban esta idea. Era conocido el deseo de sublevación de la numerosa población musulmana que habitaba las tierras levantinas, se tenía la seguridad de que se unirían a los invasores nada más llegar las tropas benimerines a sus costas. En el año 1337 el reino de Granada había entregado a los marroquíes la plaza de Vera, situada en la frontera con el reino de Murcia, que se convirtió en almacén de municiones y vituallas de los norteafricanos. Esto último apoyaba la creencia de que era posible que la invasión se iniciara por Murcia, por darse en aquella zona una entrada más llana y segura y poder valerse del reino de Granada, para posteriormente conquistar con más facilidad Valencia.⁸

Las galeras de Abu I-Hasan discurrían por las costas levantinas, saquearon Benahiza en el término de Calpe, apresaron barcos aragoneses y hacían daño por toda la costa. La flota benimerin también amenazaba las islas baleares, donde se registró una refriega con los barcos del rey de Mallorca en el verano de 1338.

Pero lo que más inquietaba a los aragoneses eran la imponente flota que estaba formando el sultán de Fez, que incluso negociaba con Génova el alquiler de cuarenta galeras. Se pensaba que tantos barcos no se necesitaban para pasar el Estrecho, sino que iban a utilizarse para llevar una numerosa tropa al reino valenciano.

Se creía que la invasión iba a ser dirigida por el hijo del sultán, Abu Malik, cuyo sólo nombre producía temor. Por agosto de 1339 se creía inminente el inicio de la conquista de Valencia, pero la muerte del infante en octubre del mismo año, disminuyó la preocupación, aunque el temor de una invasión africana del reino de Valencia se mantuvo incluso después de la victoria cristiana en la batalla del Salado.

Como respuesta a esta intención musulmana de conquista de Valencia, el rey de Aragón Pedro IV puso en marcha una serie de medidas para proteger sus tierras. Se construyeron almenaras, se puso en pie fuerzas

⁸ ZURITA, J., Anales de la Corona de Aragón, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1978, vol 3, pp. 294-491. DUALDE SERRANO, M., Solidaridad espiritual de Valencia con las victorias cristianas del Salado y de Algeciras, Instituto Valenciano de Estudios Históricos, Valencia, 1950. SEVILLANO I COLOM, F., "Crisi hispano-musulmana: un decenni crucial en la Reconquesta (1330-1340)", *Estudis d'Historia Medieval* 3 (1970) 55-74.

armadas que recorrían el litoral, se fortificaron los lugares marítimos (en especial Denia, pero también Madrona, Castalia, Peñacadell y otros), se comenzó a construir una mayor flota, incluso el propio rey se desplazó a Valencia para dirigir personalmente la defensa. Como preparativo para la que se presumía como pronta confrontación con los musulmanes, los aragoneses trataron de concertar alianzas con otros reinos y con el papado. Pedro IV intentó formar una armada conjuntamente con el rey de Mallorca, que no llegó a fructificar porque los mallorquines hicieron la paz por separado con Abu I-Hasan. El rey de Aragón envió sus embajadores al Papa Benedicto XII dándole cuenta de la situación y pidiéndole ayuda económica. Por agosto de 1338 intentó la paz directamente con los benimerines, sin lograr su objetivo.

En esta delicada situación, los aragoneses desplegaron su diplomacia para concertar un tratado de defensa mutua con Castilla, que tuvo importantes consecuencias en la batalla del Salado. El tratado fue firmado en Madrid en mayo de 1339 y en él se especificaban las fuerzas navales que ambos reinos iban a poner en el Estrecho, con lo que se intentaba evitar el traslado de tropas musulmanas a la Península. Se acordó que Castilla tuviese en el verano veinte galeras armadas y en invierno siete, mientras que Aragón tendría diez y cuatro respectivamente.⁹

Después de intervenir en la conquista de la ciudad de Tremecén, el infante Abu Malik volvió a la Península con un numeroso destacamento. Repartió sus fuerzas entre sus dos principales posesiones: Algeciras y Ronda, de las que se hacía llamar rey. Y así permaneció hasta que la falta de vituallas le obligó a salir a tierras cristianas. Aunque sus fuerzas eran numerosas, los cristianos lograron derrotarlo e incluso le dieron muerte cerca de Alcalá de los Gazules. El hecho tuvo lugar en octubre de 1339, un año antes de la batalla del Salado.

Tanto las crónicas cristianas como las musulmanas, son coincidentes en el enorme impacto que la muerte de su hijo tuvo para el sultán Abu I-Hasan.¹⁰ Las crónicas cristianas añaden que el deseo de venganza le movió

⁹ GIMÉNEZ SOLER, A., *La Corona de Aragón y Granada. Historia de las relaciones entre ambos reinos*, 1908, p. 263.

¹⁰ Ibn Marzuq, *El Musnad*, ob. cit. p. 124 y p. 187. La muerte del infante Abu Malik es descrita en IBN JALDUN, *Histoire des Berbères et de dynasties musulmanes de l'Afrique septentrionale*, Argel 1852-1856, volumen IV, pp. 229-230. Los restos de Abu Malik fueron depositados en una mezquita algecireña que tras la conquista

a trasladarse a la Península e iniciar la invasión por el Estrecho. El mismo Papa Benedicto XII se hacía eco de este pensamiento en la bula de cruzada que expidió para la batalla de Tarifa al comienzo de marzo de 1340. El Poema de Alfonso XI, un documento escrito sólo ocho años después de la batalla del Salado, explica la invasión con estas palabras: “E venían por vengar / los infantes que fueron muertos; / unos por tierra, otros por mar, / passar querían los puertos” y más adelante otra estrofa dice: “Mi fijo ovieron muerto / por esto pasé la mar; / nunca pasaré el puerto / fasta que lo non vengar.”¹¹ La Crónica del rey castellano incide en este sentimiento, por “[...] vengar otro sy la saña e muerte del ynfante su hijo, hizo pregonar por todo su rreyno que caualleros e peones todos aquellos que fuesen para tomar armas [...] que fuesen luego con el en la su villa de Fez”.¹²

Lo cierto es que a partir de la muerte de Abu Malik las operaciones para el paso de las tropas se aceleraron. El propio sultán se dirigió a Ceuta para ponerse al frente de su ejército. Esto nos hace pensar que el deseo de venganza que tan reiteradamente recogen las crónicas cristianas corresponda a la realidad, y que incluso este incidente hubiera sido el determinante para el desplazamiento de la zona de conflicto desde el levante al sur de la Península. El hecho histórico es que el frente en el reino de Valencia, que hubiera sido el principal o el segundo frente de la conquista, quedó definitivamente anulado y el ejército benimerín atravesó el Estrecho, acuartelándose en Algeciras, para posteriormente dirigirse hacia Tarifa cuyo cerco comenzó 23 de septiembre de 1340.

cristiana se convirtió en la iglesia de San Hipólito, posteriormente su restos fueron llevados a Marruecos, BASSET, H., LÉVI-PROVENÇAL, E., “Chella. Una nécropoli mérinide”, *Hespéris* 2 (1922) 15-18, allí también fue enterrado Abu I-Hasan.

¹¹ El Poema de Alfonso XI, edición de Yo Ten Cate, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1956 pp. 267 y 393, un estudio sobre este documento se encuentra en CATALÁN MENÉNDEZ PIDAL, D., *Poema de Alfonso XI. Fuentes, dialecto, estilo*, Editorial Gredos, Madrid, 1953.

¹² *Gran Crónica de Alfonso XI* (en adelante GCAXI), preparada por Diego Catalán, Editorial Gredos, Madrid, 1977, vol. 2, p. 341. En todo lo que sigue haremos referencia a este documento cuando nos refiramos a la crónica del rey Alfonso XI, la crónica manejada desde el siglo XV hasta hace pocos años (*Crónica de los Reyes de Castilla*, Madrid, 1934, Biblioteca de Autores Españoles, tomo IV, pp. 173-392) es un resumen de la Gran Crónica, véase al respecto CATALÁN, D., *Un prosista anónimo del siglo XV*, Universidad de la Laguna, Madrid, 1955.

La flota en la batalla del Estrecho

Al llegar la Reconquista a las costas del sur peninsular a mitad del siglo XIII, los castellanos sintieron la necesidad de contar con una flota, que debería tener como principal misión el control del Estrecho de Gibraltar.

13

Este problema con el que se enfrentó Castilla no fue resuelto satisfactoriamente durante la etapa histórica que consideramos, de aquí que los castellanos tuvieran que solicitar una y otra vez la ayuda de aragoneses, genoveses y portugueses. Esta incapacidad castellana no es achacable a falta de eficiencia de los astilleros; todo lo contrario, las atarazanas de Sevilla, heredadas de los almohades, trabajaron a entera satisfacción. Lo que significa que tuvieron personal técnico adecuado y lo que es más importante suministro de materias primas, algunas de ellas inexistentes en Andalucía, como era el caso de las herrerías. El problema estaba en el elevado costo, no sólo de la construcción de los barcos, sino sobre todo del mantenimiento de la flota. La falta de medios económicos explica que se encontrasen embarcaciones abandonadas en algunos de los puertos por falta de dotación. O bien que se encontrasen barcos varados por falta de mantenimiento, después de haber estado durante varios meses en la guarda del Estrecho.

El elevado coste del mantenimiento de la flota era, en buena medida, debido a que su misión era de vigilancia, por lo que tenían que estar permanentemente navegando en el Estrecho, lo que significa elevados sueldos de la tripulación y un mantenimiento constante de aquellas frágiles embarcaciones.

La embarcación militar principal que hubo por entonces en el Estrecho fue la galera (llamada entonces galea) y en menor medida la nao y el leño. La galera era un barco provisto de velas y remos, que le permitían alcanzar la velocidad punta en el momento del combate.¹⁴ La rapidez y maniobrabilidad eran esenciales en la batalla naval, de aquí que la galera tuviera una relación eslora-manga muy grande (en torno a ocho), así como un puntal muy pequeño, lo mismo que su calado. Pero estas virtudes para el combate eran inconvenientes cuando soplabla el fuerte viento de levante

¹³ Por esta época se hablaba con frecuencia del Estrecho de Tarifa, Algeciras o de Ceuta.

¹⁴ FOLEY, V., SOEDEL, W., "Naves de guerra a remo en la antigüedad", Investigación y Ciencia junio (1981) 104-119.

tan frecuente en el Estrecho. Esta circunstancia surgió varias veces durante la batalla del Estrecho; en particular algunos días antes de la batalla del Salado, cuando un temporal hundió nueve de las quince galeras del prior de San Juan, lo que motivó que, definitivamente, Alfonso XI decidiera desplazarse a Tarifa para enfrentarse en batalla campal a los musulmanes.
15

Las naos y los leños eran embarcaciones exclusivamente a velas, las últimas más pequeñas que las primeras. Aunque se fletaron leños con remos, como fue el caso de una embarcación que trajeron por entonces los aragoneses al Estrecho que sumaba un total de cien remos. La función de estas embarcaciones, más lentas pero más estables, parece ser que era auxiliar a las galeras.

Los caballeros castellanos, dispuestos a entregar su vida en el campo batalla, no entendían la prudencia de los almirantes de la flota, a los que acusaron de cobardes e incluso de estar en connivencia con el enemigo. No tenían en cuenta que una acción temeraria ponía en peligro la flota y su pérdida no podía remediarse, al menos en un plazo de varios meses. Esto es lo que ocurrió con el almirante castellano Alonso Jofre Tenorio, que para acallar a los que le criticaban se lanzó, en las cercanías de Tarifa, a una batalla naval perdida de antemano. El resultado fue la muerte del almirante y la pérdida de la flota cristiana en el Estrecho, que dejó durante siete meses el Estrecho expedito para el trasvase del ejército benimerín.

El almirante genovés Manuel Pezano que se encontraba a las órdenes del rey de Portugal, se obstinó en los meses previos a la batalla del Salado en mantener su flota anclada en Cádiz y no acudir al Estrecho. La razón no era el temor a la batalla, sino que los portugueses pensaban que los benimerines podían atacar las costas del Algarve, así que la permanencia de la flota en Cádiz, funcionaba como una amenaza para los benimerines, a la vez que se encontraba en condiciones de acudir a defender la costa portuguesa si fuera preciso, y todo ello sin poner en riesgo las valiosas naves.

Criticada fue también la decisión del almirante aragonés Pedro de Moncada que se negó a desembarcar y unir sus fuerzas a las acantonadas en Tarifa, que el día de la batalla atacaron por la retaguardia a los

¹⁵ La crónica portuguesa asegura que el temporal también hundió dos galeras de Portugal, *Crónica dos sete primeiros reis de Portugal*, edición de Carlos Silva Tarouca, Academia Portuguesa de História, Lisboa, 1952, volumen II, p. 319.

benimerines. Quizás en la mente de Moncada estuviera lo ocurrido a su antecesor en el cargo, Jofre Gilabert Cruilles, que apenas un año antes murió en Algeciras al saltar a tierra para combatir a los musulmanes.

El fondeadero de Tarifa estaba llamado a tener un papel destacado, dada su especial situación geográfica. Ya Sancho IV se percató de ello, así al menos se desprende del privilegio que concedió a Tarifa en el año 1295, donde buena parte de las disposiciones estaban encaminadas a promover el comercio marítimo de Tarifa.¹⁶ Por la época que nos ocupa, el puerto de Tarifa fue el refugio natural de la flota castellana, aragonesa y genovesa, esta última poseía barcos de mayor calado que no encontraban dificultad en las profundas aguas del fondeadero de Tarifa.

Esta especial relación de Tarifa con la flota del Estrecho explica que en el año 1309, a la muerte de Guzmán el Bueno, el rey Fernando IV diera la tenencia de Tarifa al almirante aragonés vizconde Jazperto de Castelnou, quien también fue nombrado almirante de Castilla.¹⁷

Algunos años después de la batalla del Salado y durante el reinado de Juan I, se quiso crear la orden militar naval de San Bartolomé, que tendría su sede en Tarifa. El proyecto no prosperó y finalmente el puerto de Tarifa quedó sin desarrollarse, resultado de la peculiar posición fronteriza en que quedó la plaza tarifeña.¹⁸

El Papa Benedicto XII y la batalla de Tarifa

Más de cien documentos relacionados directa o indirectamente con la batalla del Salado se encuentran en los archivos vaticanos, buena prueba del interés que tuvo el Papa Benedicto XII ante la peligrosa invasión que preparaban los marroquíes.

El Papa se mostró como el más ferviente defensor de la cristiandad, apoyando con todos sus medios la guerra santa contra el Islam. En las

¹⁶ El citado privilegio exceptuaba el pago de impuestos por la venta de viandas y armas, no había que pagar el diezmo aduanero, los barcos que llegaban al puerto no tenían que pagar el anclaje y los corsarios y almogárabes podían hacer almonedas sin necesidad de dar el quinto real ni ningún otro impuesto, W. Segura González, *Los privilegios de Tarifa*, ob. cit., pp. 50-51.

¹⁷ GIMÉNEZ SOLER, A., *Don Juan Manuel*, Zaragoza, 1932, p. 372 y W. Segura González, "Tarifa y el sitio de Algeciras de 1309", ob. cit.

¹⁸ AYALA MARTÍNEZ, C., *Las órdenes militares hispánicas en la Edad Media*, Marcial Pons, Madrid, 2003, p. 63 y SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *Castilla, el Cisma y la Crisis Conciliar (1378-1440)*, Madrid, 1960, documento 21.

múltiples gestiones que hizo el Papa le movió "la victoria contra los enemigos de la fe católica, la guerra planteada con la finalidad de salvar, librar y defender la iglesia y extender el culto a Cristo en los territorios ocupados. Los reyes cristianos tendrían que acometer esta tarea como celadores de la fe".¹⁹

La belicosidad del Papa contra el Islam contrastaba con sus persistentes gestiones para conseguir la paz entre los reinos españoles, que entonces se encontraban enfrentados entre sí. Con esta intervención diplomática, el Papa se proponía conseguir una gran alianza cristiana que pudiera enfrentarse con garantías de éxito a la proyectada invasión africana.

Benedicto XII intervino para solventar la disputa entre Navarra y Castilla, enfrentadas por cuestiones fronterizas. El Papa medió entre aragoneses y castellanos para impedir un enfrentamiento militar entre ellos. Y sobre todo logró frenar la guerra que mantenían Castilla y Portugal.²⁰

Concedor de los preparativos que hacía Abu I-Hasan y consciente de la necesidad de recomponer la flota del Estrecho después de la derrota de Jofre Tenorio, el Papa se dirigió a la ciudad de Génova para que enviaran galeras a Castilla y retirasen su apoyo a los benimerines. Intermediación que fue exitosa y tuvo como resultado que los genoveses trajeran una flota al Estrecho, aunque llegaron después de producirse la batalla del Salado.²¹

¹⁹ PÉREZ BUSTAMANTE, R., "Benedicto XII y la cruzada del Salado" en Homenaje a fray Justo Pérez de Urbei, Silos, 1977, tomo 2, pp.177-203.

²⁰ GOÑI GAZTAMBIDE, J., Historia de la bula de la cruzada en España, Editorial del Seminario, Vitoria, 1958, pp. 282-289, GARCÍA FERNÁNDEZ, M., "Las relaciones internacionales de Alfonso IV de Portugal y Alfonso XI de Castilla en Andalucía: La participación portuguesa en la Gran Batalla del Estrecho, 1325-1350", Actas de II Jornadas Luso-Espanholas de Historia medieval, pp. 201-216 y MAHAUT M. C., "Le rôle pacificateur du Pape Benoit XII dans le conflit de la Castille avec Portugal (1337-1340)" en La guerre et la paix au Moyen Age, Actes du 101^e Congrès national des Sociétés Savantes (Lille, 1976), Paris, 1978, pp. 225-239.

²¹ Quince fueron las galeras que los genoveses iban a enviar al Estrecho, GCAXI, pp. 324-325. El rey Pedro IV de Aragón se había dirigido al Papa en el año 1337 para que evitase que los genoveses alquilaran naves a los benimerines y además le pidió que mandase "a todos los príncipes de la cristiandad (señaladamente a los que eran poderosos por mar) que enviasen socorro para impedir la entrada del rey de Marruecos y de los enemigos de la fe", J. Zurita, Anales de la Corona de Aragón, ob. cit. volumen 3, pp. 450-451. El rey aragonés también se dirigió al rey de Francia, para que impidiese que las galeras genovesas que estaban al servicio de

La principal aportación papal fue la promulgación de la bula *Exultamus in te*, que elevó la batalla de Tarifa a la categoría de cruzada. Como respuesta a la petición castellana, Benedicto XII concedió la bula el 7 de marzo de 1340. En la misma fecha nombró colectores y predicadores de la cruzada a los obispos de Cuenca y Ávila. Y el mismo día el Papa mandó absolver a Alfonso XI de la excomunión que había sido dictada contra él el año anterior por haberse apropiado indebidamente de las tercias.

La bula del Salado tiene una estructura similar a la que Juan XXII concedió a los castellanos en 1328. Sería predicada en los reinos de Castilla, León, Navarra, Aragón y Mallorca. No obstante, los beneficios de cruzada serían ganados por los que asistieran a la guerra aunque viniesen desde otros reinos.²² La bula se concedía para hacer la guerra (defensiva u ofensiva) a granadinos y benimerines en los siguientes tres años.

La bula tenía beneficios económicos y espirituales. Los económicos consistían en la transferencia al rey de la décima y de las tercias durante tres años. O sea, la décima parte de los beneficios eclesiásticos y la tercera parte de las dos tercias partes del diezmo, que era a su vez la décima parte de la producción agrícola y ganadera. Estos beneficios serían cobrados con la condición de que el propio rey o un ejército apropiado se hubiese reunido, ya sea por mar o por tierra, al menos durante tres meses para combatir a los moros.²³

El otro ingreso económico que generaba la bula eran las aportaciones voluntarias para conseguir las indulgencias. Estas limosnas serían recibidas por los comisarios y empleadas en los gastos de la guerra como pareciera más útil al rey.

Los beneficios espirituales de la bula se concretaban en las indulgencias que ganarían los que participaran en la guerra o aquellos que sin acudir a ella entregaran limosnas en compensación

Francia pasaran a los benimerines, A. Giménez Soler, *La corona de Aragón y Granada. Historia de las relaciones entre ambos reinos*, ob. cit., p. 266.

²² La bula no fue predicada en Portugal como equivocadamente refiere la crónica de Alfonso XI, aunque sí en Navarra, y al arzobispo de Toledo no le encomendó el Papa la predicación de la cruzada, GCAXI, pp. 343-344.

²³ La transcripción de la bula *Exultamus in te* se encuentra en R. Pérez Bustamante, "Benedicto XII y la cruzada del Salado", ob. cit., nos ha sido traducida del latín por María José García.

Alfonso XI tuvo que firmar unas garantías para que la bula fuera efectiva. Entre ellas se encontraban la edificación de iglesias en las tierras conquistadas y la prohibición a los musulmanes tanto de invocar en alta voz del nombre del profeta, como de darle publicidad a la peregrinación a La Meca.

Cuando la invasión de Abu I-Hasan era un hecho, Benedicto XII se dirigió a los obispos de España animándoles a que se multiplicaran las procesiones y las oraciones públicas para conseguir la victoria sobre el rey de Marruecos. Esto nos muestra, no sólo la importancia que el Papa le daba a la guerra que se avecinaba, sino que esta preocupación era compartida por la población.

Si importante fueron los esfuerzos del Papa durante los preparativos de la batalla, igualmente destacados fueron los actos celebrados en la sede de la corte papal de Aviñón con motivo de la victoria cristiana en Tarifa. Se dice que la embajada castellana fue la más gloriosa conocida en Aviñón. Llevaban al Papa la décima parte del botín ganado en la batalla. En la comitiva iban cien esclavos moros que llevaban de la brida otros tantos caballos, cargados todos ellos con espadas y adargas. Otros veinticuatro cautivos moros llevaban sendos pendones ganados en la batalla. Mientras que Juan Martínez de Leyva, que presidía la embajada, llevaba el estandarte real. Entre otros valiosos objetos, el Papa recibió el caballo que montó rey castellano en Tarifa y de nombre Valencia. Los portadores de los presentes, fueron saludados con júbilo por los cardenales y el pueblo que salieron a recibir a la comitiva y tanto fue su número que "las gentes que alla salieron a lo rresçibir, que en dos leguas touieron que andar de la mañana hasta ora de nona". Recibida la embajada por el Papa, ordenó procesiones en acción de gracias. Al día siguiente en sesión pública y tras poner el pendón del rey en la iglesia de Santa María, pronunció un sentido panegírico, donde comparó la victoria de Tarifa con las grandes batallas recogidas en la Biblia. En mayo de 1341 Benedicto XII agradeció a Alfonso XI los presentes y aprovechó para animarle a continuar su empresa contra los musulmanes.²⁴

Pero no sólo en Aviñón se celebró con júbilo la noticia de la victoria cristiana en la batalla de Tarifa. En Sevilla los reyes triunfadores de la batalla del Salado fueron recibidos por el arzobispo y cabildo de la ciudad

²⁴ J. Goñi Gaztambide, Historia de la bula de la cruzada en España, ob. cit., pp. 333-334 y GCAXI, pp. 445-447.

y juntos se dirigieron a la iglesia en procesión.²⁵ El Consell de Valencia había seguido de cerca las operaciones militares y tuvieron conocimiento de la victoria cristiana algunos días después por mediación de un correo enviado desde Sevilla. Al domingo siguiente se celebró solemne procesión desde la Seo a la iglesia de San Jorge y regreso a la Seo, para celebrar allí el oficio religioso en señal de acción de gracias. Conocida la preocupación que había surgido en los reinos cristianos por la amenaza de invasión sarracena, debieron producirse en muchos otros lugares conmemoraciones festivas por la batalla de Tarifa.

La ausencia de cruzados extranjeros en la batalla del Salado

No deja de sorprender la nula participación extranjera en la batalla del Salado, sobre todo cuando se tiene en cuenta el fuerte deseo que existía en Europa para participar en la guerra contra el Islam, ya fuese en España o en Tierra Santa.

Según la crónica del rey castellano, aparte de los mil caballeros que acompañaron al rey de Portugal, sólo intervinieron en la batalla del Salado un caballero aragonés y dos escuderos mallorquines que murieron en la lucha.

Esto contrasta con lo expresado por dos crónicas italianas escritas poco después de la batalla y que hablan de una numerosísima participación extranjera, sobre todo de Francia, Alemania e Italia que "vinieron cruzados, absueltos de pena y de culpa". No obstante, estos documentos no son fiables, por lo que se debe afirmar que la participación extranjera fue inexistente.²⁶

Es necesario explicar esta circunstancia, sobre todo cuando se compara con la masiva participación ultramontana en la batalla de las Navas de Tolosa, acontecimiento que aunque ocurrido más de un siglo antes, tiene una gran similitud con la batalla del Salado.

La primera respuesta nos la da la misma crónica de Alfonso XI, cuando se refiere al poco tiempo que hubo para predicar la cruzada. En efecto, aunque la bula de la cruzada de Tarifa se firmó en marzo, siete meses antes de la batalla, las garantías no fueron ratificadas por Alfonso XI

²⁵ GCAXI, pp. 442-443.

²⁶ JORGA, E., *Notes et extraits*, 4e serie, Bucarest, 1915, pp. 3-5 y UGOLINI, F. A., "Avvenimenti, figure e costumi di Spagna in una Cronaca Italiana del Trecento", volumen Italia e Spagna, Florencia, 1941, pp. 104-105.

hasta mayo, y este documento no fue presentado al Papa hasta junio. Es más, el pendón de la cruzada llegó a Sevilla cuando ya Tarifa estaba sitiada, sólo algunos días antes de la batalla.

La ausencia de cruzados extranjeros en la batalla del Salado, se debe también a que Alfonso XI no hizo gestiones propagandistas ni diplomáticas para animar que vinieran cruzados de otros reinos.

Lo contrario ocurrió cuando la batalla de las Navas. Entonces el rey castellano Alfonso VIII envió embajadores por todo el mundo cristiano, desde Portugal a Constantinopla; el resultado fue la llegada de miles de cruzados, principalmente franceses.

Este escaso interés de Alfonso XI por la participación extranjera en la guerra contra los musulmanes también se manifestó diez años antes. En torno al año 1330 se creó una amplísima coalición internacional para hacer la guerra contra Granada. La iniciativa la tomaron los reyes de Francia y Aragón. Se aseguraba la participación de los reyes de Inglaterra, Navarra, Bohemia, Escocia y numerosos nobles. Pero Alfonso XI se opuso, argumentando que la conquista de Granada correspondía sólo a Castilla. Todo el proyecto quedó truncado cuando el rey castellano firmó en 1331 la paz por separado con Granada.²⁷

El sitio de Tarifa

No existían dudas que esta vez los norteafricanos venían con un propósito diferente a como habían llegado en otras ocasiones. Ahora se proponían una ocupación territorial permanente, donde iban a asentarse los nuevos conquistadores. El Poema de Alfonso XI se refiere a este proyecto musulmán con estas palabras: “[...] e vos, rey Albofaçen, / aqeste razon faredes: / Tarifa çercad bien / e luego la ganaredes; / e después que fuer ganada / pobralda de nuestra gente, / luego otra sea çercada, / dalde priesas fieramente”.²⁸

²⁷ J. Goñi Gastambide, Historia de la bula de la cruzada en España, ob. cit., pp.296-315.

²⁸ Las intenciones de conquista de Abu I-Hasan ya eran conocidas desde algunos años antes. Así en una carta que la gente de Sevilla enviaron a Alfonso XI en marzo del año 1333 se dice: “Otrosi disen que el rey de allen mar mandó a este su fijo que está sobre Gibraltar con su gente que en toda la frontera non talasse arboles ni viñas, ca tenia que en poco tiempo por toda suya. Et aun disen que este fijo del rey de allen mar a prometido a los grande ommes de su tierra que viesen

Tras el desembarco musulmán, los cristianos pensaban que los invasores iban a dirigirse directamente hacia Sevilla, lo que facilitaría la batalla campal que deseaba presentar Alfonso XI. Pero cuando los servicios de espionaje cristiano detectaron que habían llegado veinte ingenios de Marruecos, no quedó duda que la intención de Abu I-Hasan era sitiar la plaza de Tarifa. Este fue el primero de una serie de errores que condujeron a la derrota musulmana en el Salado.²⁹

En todo este episodio bélico, el sultán Abu I-Hasan se sentía fuerte y confiado. Sus sucesivas victorias en el Norte de África, el enorme ejército que tenía a sus órdenes y los problemas de diversa índole que aquejaban al reino de Castilla, le hacían pensar que el sitio y posterior conquista de Tarifa sería tarea fácil. Se equivocó. Los cristianos fueron previsores, tenían la plaza bien abastecida, tanto de vituallas como de armamento. Y lo que es más importante, en su interior se encontraban lo vasallos más selectos del rey, acostumbrados a la guerra y dispuestos a defenderse con valentía. A ellos se unía un numeroso destacamento de ballesteros. En la alcaldía de la villa se encontraba Juan Alfonso de Benavides, que se había ofrecido para el cargo, en un momento en que a Alfonso XI le resultaba difícil encontrar algún caballero que tuviera la temeridad de ir a Tarifa. Benavides no era el noble de mayor rango que había entonces en Tarifa, pero todos lo aceptaron como jefe.

con él ciertas villas de la frontera e señaladamente, que a dado sus privilegios, a uno en como le da Carmona e a otro a Ecija e a otros muchas villas [...]”, CANELLAS, A., “Aragón y la empresa del Estrecho en el siglo XIV. Nuevos documentos del Archivo Municipal de Zaragoza”, *Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón* 2 (1946) 7-73; el mismo documento viene recogido en GIMÉNEZ SOLER, A., *Don Juan Manuel. Biografía y estudio crítico*, Zaragoza, 1932, p. 600. Sobre el reparto de las tierras que pensaban conquistar los benimerines véase GCAXI, p. 370. Ya en el año 1336 existían temores ante la masiva llegada a España de fuerzas norteafricanas. Aquel año el fraile aragonés Pedro Comte transmitía esta información al rey de Aragón: “[...] quel dit Rey de Marrochs nulla hora no ha cessat ni cessa de fer passar en les parts despanya cavalleria et gent de peu et viandes et armes el altres aparellaments de galees que james fos fet per moros”, A. Giménez Soler, *La corona de Aragón y Granada. Historia de las relaciones entre ambos reinos*, ob. cit., p. 264.

²⁹ Toda la narración que sigue está basada en la Gran Crónica de Alfonso XI, único documento que con detalle nos describe el sitio de Tarifa.

Durante el sitio, que comenzó el 23 de septiembre de 1340, Tarifa fue atacada por sus flancos norte y este, dada la imposibilidad de atacarla por el sur, al llegar la muralla hasta la misma orilla del mar. Tampoco el flanco oeste era lugar donde se pudiese asentar real. Toda esta zona es llana y por tanto sometida a los contraataques de los sitiados.³⁰

La plaza de Tarifa sufre de varios padrastrós por el norte y sobre todo por el este, que debieron ser aprovechados por todos los ejércitos que sitiaron Tarifa, y esto fue lo que ocurrió en la ocasión que comentamos.³¹ El ataque a Tarifa previo a la batalla del Salado debió realizarse por diversos lugares simultáneamente, ya que los sitiadores contaban con muchas máquinas de guerra y numeroso ejército. A pesar de esta superioridad, los tarifeños salían con frecuencia de la plaza y hostigaban a los sitiadores. Aunque causaban daño a los benimerines, Alfonso XI prohibió que se hiciesen escaramuzas de este tipo, aconsejando a las fuerzas de Tarifa que estuvieran a la defensiva y a la espera de que llegara el ejército cristiano a descercarlos. Pero esta orden no fue respetada y los defensores siguieron creando problemas en el real musulmán. Como respuesta a estas acciones cristianas, los musulmanes se vieron en la necesidad de hacer un muro de piedra por la zona oeste, que debió estar por la conocida como Huerta del Rey; además, hicieron una cava por la parte de la villa que estaban atacando. También como medida preventiva se hizo una cava entre la Peña del Ciervo y el mar, por donde suponían que iba a llegar el ejército castellano, quedando allí un destacamento en previsión de un ataque sorpresa de los cristianos.³²

³⁰ Por esta zona existían en Tarifa dos promontorios. Uno de ellos era el cerro de San Telmo, que desapareció por las obras portuarias de mitad del siglo XX, y el otro es el cerro de Santa Catalina, que se encuentra excesivamente lejos de la muralla.

³¹ La descripción del recinto amurallado de Tarifa se encuentra en SÁEZ RODRIGUEZ, A. J., *Tarifa, llave y guarda de toda España. Fortificación y Urbanismo*, Instituto de Estudios Campogibraltareños, Algeciras, 2003, pp. 63-108 y TORREMOCHA SILVA, A., SÁEZ RODRIGUEZ, A. J., "Fortificaciones islámicas en la orilla norte del Estrecho" en I Congreso Internacional Fortificaciones en al-Andalus, 1996, pp. 189-198.

³² El camino natural para llegar a Tarifa es a través de Puertollano, al lado contrario al mar de la sierra de Enmedio. Según la crónica de Alfonso XI, Abu I-Hasan aseguró a los cristianos que no le iba a poner impedimento para llegar a Tarifa. Los reyes cristianos no debieron confiar mucho en esta promesa y evitaron

Dos zonas fueron especialmente combatidas. Una de ellas es denominada por la crónica castellana como la torre de don Juan. Es lógico suponer que esta torre fuese la más fuerte del tramo de muralla más débil. Se piensa que esta torre es al que actualmente denominamos como torre de Jesús, que se ajusta a la descripción que de sus alrededores hace la crónica de Alfonso XI.³³ La otra zona donde los combates fueron intensos, fue el postigo de Fatín, cuya ubicación es desconocida y que tal vez podría identificarse con el postigo de Santiago, por donde asegura la tradición que entraron las tropas de Sancho IV el Bravo cuando conquistaron la villa en 1292.³⁴

Los benimerines pusieron su empeño en destruir la torre de don Juan, que estaba siendo atacada fuertemente por cuatro ingenios. Pero viendo la resistencia que presentaba y las reparaciones que hacían los cristianos, decidieron construir otra torre cerca de ella, que según la crónica los cristianos derribaron en cuatro ocasiones.

Los problemas de Abu I-Hasan aumentaron cuando con sorpresa vio que en el Estrecho volvía a aparecer una flota castellana. Aquí referimos otro de los errores de los norteafricanos, que convencidos de que Alfonso XI no podría fletar una nueva armada en cuestión de meses, licenciaron a la mayoría de sus barcos, evitándose así el enorme coste que tenía mantenerlos operativos. Sólo 12 galeras quedaron en Algeciras;

pasar por Puertollano, llegando a Tarifa por el otro lado de la sierra de Enmedio, un estrecho pasadizo que hay entre la Peña del Ciervo y el mar, evitando de esta forma las celadas que le pudiesen haber preparado los musulmanes, LÓPEZ FERNÁNDEZ, M., "Los caminos y cañadas de Tarifa en los itinerarios del rey Alfonso XI de Castilla", Aljaranda, 53 (2004) 5-10.

³³ Una tradición local que se remonta al menos al siglo XVI (BARRANTES MALDONADO, P., *Ilustraciones de la Casa de Niebla*, Universidad de Cádiz, 1998, p. 85 y 90) afirma que el sacrificio del hijo de Guzmán el Bueno se produjo a los pies del torreón octogonal del castillo. En el manuscrito original de la anterior libro que se encuentra en la Real Academia de la Historia, Barrantes hizo un dibujo donde representa la ejecución del hijo de Guzmán al lado de la torre octogonal, ANDRADES GÓMEZ, A., "Don Alonso Pérez de Guzmán el Bueno en el Campo de Gibraltar", Aljaranda **14** (1994) 7-11. Esta tradición hizo pensar a los historiadores, equivocadamente, que la torre octogonal era aquella a la que la crónica llama torre de don Juan.

³⁴ A. J. Sáez Rodríguez, Tarifa, llave y guarda de toda España. Fortificación y Urbanismo, ob. cit. p. 91.

insuficientes para hacer frente a la flota castellana, que sin el auxilio de aragoneses y portugueses, se apresuró a llegar a Tarifa para animar a los sitiados.

Con una nueva flota cristiana en el Estrecho, el sultán Abu I-Hasan entendió que era urgente conquistar Tarifa. Así que ordenó a su hueste que atacarían la plaza con todas sus fuerzas. Los alfajes se mezclaron con los asaltantes y les alentaban al combate, diciéndoles que los que allí muriesen irían salvos delante de Mahoma. Muchos de los moros se envalentonaron con esta predicación y pasaron las barreras encontrando allí la muerte.

El mayor de los enfrentamientos se produjo en el postigo de Fatín, cuyos muros colindantes fueron derribados por los ingenios. Los cristianos defendieron la brecha con sus cuerpos, enfrentándose con lanzas y espadas a los musulmanes. Los defensores de las almenas apenas podían asomarse por la lluvia de saetas que le lanzaban los ballesteros. La torre de don Juan estaba muy dañada y parte de ella derribada. Pero por mucho que los moros pujaban, no conseguían su propósito. Los musulmanes desistieron de su ataque y optaron por rendir la plaza por hambre en vez de por asalto.

Abu I-Hasan intentó otro plan. Pidió a los tarifeños dos caballeros con los que poder negociar. Juan Alfonso de Benavides, alcaide de la villa, aceptó la negociación, advirtiéndoles a los embajadores que no negociaran la entrega de la plaza. Al aceptar la entrevista, los tarifeños dejaban de manifiesto la penosa situación en que se encontraban. Pero el sultán también estaba en una posición delicada, incluso tuvo la tentación de desistir y volverse a Marruecos.

Esta decisión de los sitiados irritó a Alfonso XI, que mantenía contacto diario con los de Tarifa. El temor del rey radicaba en que los caballeros que fueron como embajadores, podrían ser torturados para que informaran del estado en que realmente se encontraba la villa y se vieran en la tesitura de declarar que estaba en una situación extrema.

De nuevo los imponderables intervinieron. Un fuerte temporal desbarató la flota castellana del Estrecho, perdiéndose nueve galeras. El sultán entendió este percance como una gracia divina. Inmediatamente se desentendió de las negociaciones e inició el que sería el último y más terrorífico de los asaltos a Tarifa.

Delante de la muralla, Abu I-Hasan reunió a los náufragos que sobrevivieron al hundimiento de la flota y los hizo degollar a la vista de los defensores de Tarifa. Vino luego un ataque masivo. En varios lugares los

musulmanes pasaron las barreras, llegando a la muralla y manteniendo enfrentamientos cuerpo a cuerpo con los cristianos.³⁵ Pero todo fue en vano, los defensores pudieron rechazar el ataque. Éste sería el último de ellos, porque Alfonso XI se acercaba a Tarifa con la idea de enfrentarse en campo abierto al sultán, por lo que éste se empezó a preparar para la batalla y se desentendió de Tarifa. Un error más, porque los tarifeños libres del férreo sitio a que estaban sometidos, pudieron salir sin dificultad el día de la batalla y atacar por la retaguardia al ejército benimerín.

La batalla del Salado

Han sido varios los autores que han escrito pormenorizadamente sobre el desarrollo de la batalla. No obstante, todavía quedan múltiples aspectos por descubrir y aclarar. Lo siguiente no es más que algunas consideraciones que un mejor estudio tendrá que matizar.³⁶

Lo primero que hay que plantear es porqué se da la batalla campal. Este era un tipo de enfrentamiento que era aconsejable evitar. Dado que la victoria nunca estaba asegurada. La superioridad numérica no era, ni con mucho, la clave de la victoria; al contrario, en ocasiones una numerosa tropa poco experimentada era más bien un inconveniente. A la victoria

³⁵ Se entiende que las barreras a la que hace referencia la crónica de Alfonso XI es la falsabraga o barbacana, una muralla más baja que la principal que se encuentra delante de ella, dejando un pasadizo o liza entre ambas, MORA FIGUEROA, L., Glosario de Arquitectura Defensiva Medieval, Universidad de Cádiz, Cádiz, 1994, pp.105-107.

³⁶ HUICI MIRANDA, A., Las grandes batallas de la reconquista durante las invasiones africanas, Universidad de Granada, Granada, 2000, pp. 332-387. Éste es el mejor informe sobre la batalla del Salado, pero hay que advertir que se basa en la crónica abreviada de Alfonso XI y no en la Gran Crónica que da mucha más información sobre la batalla. Otros trabajos sobre el desarrollo de la batalla son CUARTERO LARREA, M., "El Salado", Ejército **13** (1941) 33-42 y PÉREZ DE CASTRO, M., "La batalla del Salado", Revista de España **XXV** (1872) 554-565. Véase también la obra clásica LAFUENTE, M., Historia General de España, Montaner y Simón, Barcelona, 1888, tomo IV, pp. 349-360. Una curiosa referencia aparece en CONDE, J. A., Historia de la dominación de los árabes en España, Madrid, 1874, pp. 291-293, entre otras cosas le da el nombre de Wadacelito a la batalla y afirma que "principiaron a combatirla con máquinas e ingenios de truenos que lanzaban bolas de hierro grandes con nafta, causando gran destrucción en sus bien torreados muros".

contribuían muy diversos factores, entre ellos la posición de los ejércitos, que podían ser perjudicados por el Sol y el viento. En el caso de Tarifa, la luz que incidía de frente a los cristianos, le aconsejó esperar que el Sol ascendiera algo más en el cielo para continuar la batalla. El viento que hubiera sido un factor negativo para los castellanos por encontrarse a la parte de poniente, no sopló aquel día, que según la narración de la crónica fue día de transición entre poniente y levante.

La batalla campal de Tarifa fue aceptada por los dos bandos, que estuvieron en condiciones de evitar el enfrentamiento. La batalla se produjo porque tanto cristianos como musulmanes sabían que tarde o temprano tendrían que enfrentarse en combate campal. Así que asumieron el enorme riesgo que ello conllevaban y acordaron que se diese en Tarifa, que beneficiaba algo más a los musulmanes, que en caso de derrota podían acogerse, como lo hicieron, en la seguridad de Algeciras.

La crónica de Alfonso XI, principal documento sobre la batalla del Salado, yerra en cuanto a la fecha en que se produjo. Esto ha dado pie a una confusión muy extendida, así como a plantear otras fechas que pudiesen ser compatibles con los datos suministrados por la crónica, que asegura que ese día fue lunes.³⁷ El problema se ha complicado al hacer uso de las fechas que dan los historiadores musulmanes y relativas al calendario islámico.³⁸ Se conocen dos documentos de gran confianza que aluden a la fecha del 30 de octubre de 1340 como el día de la batalla.

³⁷ SECO DE LUCENA PAREDES, L., "La fecha de la batalla del Salado", *Al-Andalus* **19** (1954) 228-231.

³⁸ El calendario islámico no tiene una definida relación con el calendario juliano. El comienzo del mes musulmán coincide con la observación del primer creciente lunar, fecha que no es fácilmente calculable y que sólo se puede conocer por la observación. Para hacer comparaciones con el calendario juliano se usa un calendario islámico computacional llamado esquemático o sistema Istalahi, pero que se suele apartar uno o dos días de la fecha usada realmente. Por esto la fecha del 7 Jumada Al-Ula 741 AH que dan varios historiadores musulmanes para la batalla, no se puede asociar con seguridad con una fecha del calendario juliano, ILYAS M., "Lunar crescent visibility criterion and islamic calendar", *Quarterly Journal Royal Astronomical Society* **35** (1994) 425-461. No obstante, esta fecha es muy probable que comenzara con la puesta del Sol del día 29 de octubre del 1340 y se prolongara durante todo el día 30, este cálculo ha sido hecho con el programa Moon Calculator de Monzur Ahmed que puede descargarse de <http://www.starlight.demon.co.uk/mooncalc>.

Uno de ellos es la ya citada carta escrita el mismo día de la batalla por el arzobispo Gil de Albornoz y otra es una carta recibida el 11 de noviembre por el Consell de Valencia, en ambos documentos se deja constancia de que la batalla se dio el lunes 30 de octubre de 1340.³⁹

Pocos tarifeños saben cuál es el río Salado. No es un río, ni siquiera un arroyo, es un cañillo de muy escaso caudal. Sólo al llegar a la playa se forma una laguna en una zona pantanosa por donde sigue en pie un puente del siglo XVIII de tres ojos.⁴⁰ La crónica del rey Alfonso XI habla del Salado como de un río caudaloso que era difícil pasar. Por esto los castellanos tuvieron que buscar vados o “passadas”, que estaban previamente defendidas por los musulmanes.⁴¹ El río Salado no fue una simple línea divisoria de los ejércitos, sino una dificultad que tenían que pasar los castellanos antes de iniciar el combate.

Esto nos lleva a sugerir que o bien el río Salado ha cambiado bastante en los últimos setecientos años, o hay una equivocación en la identificación del río, confundiéndose tal vez, el Salado con el río Jara, que son muy cercanos entre sí.

Escribía Juan Manuel en el Libro de los Estados que se acudía a la guerra por variados motivos. Unos lo hacían por “dineros que le dan”, otros por ganar fama; los había que eran simples delincuentes que iban “robando et forzando las mujeres e haciendo muchos pecados et muy malos”. En las guerras declaradas cruzadas iban muchos para ganar las indulgencias. Y el grueso del ejército lo formaban los vasallos del rey, los freires de las órdenes militares y los que acudían con las mesnadas de su concejo o de los nobles. Pero también existían los que acudían a la guerra para ganar algo de los moros, ya fuese parte del botín o de los despojos de la batalla. Conocido esto, antes de comenzar las batallas se insistía a los guerreros que se desentendiesen del botín hasta que no concluyera la lucha. Tan

³⁹ M. Dualde Serrano, “Solidaridad espiritual de Valencia con las victorias cristianas del Salado y de Algeciras”, ob. cit. Existen dos privilegios dados por Alfonso XI expedidos el 30 de junio de 1341 y el 4 de abril de 1342 que también dan la fecha del 30 de octubre de 1340, FLOREZ, F., *Reinas católicas*, Madrid, 1945, II, p. 142 y BALLESTEROS, A., *Historia de España*, III, p. 57.

⁴⁰ Patrón Sandoval, J. A., “El puente del río Salado”, *Puerta de Jerez* **21** (2004) 2-3.

⁴¹ La crónica abreviada de Alfonso XI habla de una “puente muy estrecha”, lo que hay que entenderlo como un vado y no como un puente, *Crónica del rey don Alfonso el Onceno*, ob. cit., p. 326.

peligroso resultaba que parte del ejército se dedicara a la rapiña, que al iniciarse la batalla de las Navas de Tolosa, el arzobispo de Toledo mandó excomulgar a todos aquellos que así lo hiciese.

También al comenzar la batalla del Salado se dio claras instrucciones para que ninguno se parase “al despojo, mas que firiesen en los moros hasta que lo echasen del campo”. Pero lo cierto fue que nada más comenzar la batalla, una parte considerable del ejército eludió el enfrentamiento frontal y se dirigió directamente al real norteafricano con el propósito de saquearlo. A la larga esto resultó afortunado para los cristianos, que pudieron atacar al enemigo por la retaguardia, pero a punto estuvo de concluir en derrota, al quedarse el rey Alfonso XI desprotegido.

Cuando los reyes llegaron al real musulmán no hallaron tienda en pie, ni tesoro ni bienes que pudieran aprovechar, porque todo había sido robado. Al día siguiente de la batalla, el rey mandó pregonar en la Torre de Vaqueros,⁴² donde estaba asentado el real cristiano, que los que hubiesen tomado algo del botín que lo entregaran. Pero esta medida no resultó, porque aquellos que lograron coger algo del botín lo guardaban para sí. Parece ser que el rey desistió de recuperar el rico botín, pero algunos caballeros le aconsejaron que persistiera en recuperar tan gran riqueza. Así lo hizo, antes de partir de Tarifa Alfonso XI volvió a exigir la devolución del botín. Debió de haber sido más exigente en esta ocasión, porque mientras que el ejército iba para Sevilla el rey pudo recuperar parte del botín.

Pero algunos de los que pudieron robar algo, abandonaron la hueste, algunos marcharon a Aragón, otros a Navarra e incluso algunos llegaron a Aviñón. La crónica del Alfonso XI, quizás exageradamente, dice que en los mercados de metales preciosos, el valor del oro y de la plata descendió sensiblemente.

El rey trató de recuperar todo el botín, para ello persiguió tanto en Castilla como fuera del reino a los que habían huido con las riquezas. Es más, el rey se quedó para él todo lo que iba cobrando, sin hacer reparto alguno. Como muchos de los que habían robado habían marchado a Aragón, Alfonso XI se puso en contacto con Pedro IV para que los persiguiera, e incluso se dio una orden general para perseguir en Aragón los detentadores del botín.

⁴² Actualmente esta zona se llama ensenada de Valdevaqueros.

El arzobispo de Toledo Gil de Albornoz, escribía inmediatamente después de la batalla: "Los nobles, como combatían por celo de la fe, a pesar de tropezar con tantas cosas, no se pararon en coger su parte, sino que ganando tiempo con ello, se dieron a la persecución del enemigo, cuyo campamento quedó aniquilado totalmente".

Según la crónica italiana de la batalla mencionada anteriormente, el importe total del botín obtenido por el rey en la batalla del Salado fue de 1.600.000 florines. Para tener una idea del significado de esta cantidad, señalar que cada galera contratada a Génova cobraba 800 florines al mes. Esto quiere decir que con el dinero obtenido en la batalla se pudo mantener una flota en el Estrecho durante bastante tiempo. Este botín era principalmente oro, joyas, además de lujosos tejidos, espadas, espuelas, sillas de montar, etc.

Varios fueron los factores que confluyeron para que la batalla la perdieran los musulmanes.⁴³ Según la narración de al-Jatib y de la crónica de Alfonso XI, los peones castellanos al mando de Pedro Núñez de Guzmán que formaba la costanera izquierda del ejército de Castilla, se fueron alejando del cuerpo central que mandaba el rey, acercándose a la sierra donde se enfrentaban granadinos y portugueses, en contra de los dispuesto por Alfonso XI. Los portugueses se encontraban en una situación muy delicada, a punto de ser vencidos. Pero al llegar los refuerzos castellanos la victoria se inclinó finalmente por los cristianos.

Otro factor que favoreció la victoria cristiana se encontró en la superioridad de la caballería pesada respecto a la montura ligera o a la jineta que usaban los musulmanes. Tras superar la primera línea de defensa que Abu I-Hasan colocó en los vados del Salado, el cuerpo central del ejército cristiano hizo una "espolonada" de la caballería, ordenada en tropel, dirigiéndose hacia donde se encontraba el sultán. El resultado fue el desbaratamiento del ejército musulmán, que incluso terminó con el apresamiento del infante Aboamar y otros moros nobles.⁴⁴ Según la

⁴³ Una magnífica descripción de las batallas campales se encuentra en GARCÍA FITZ, F., Castilla y León frente al Islam, Universidad de Sevilla, 2001, pp. 279-403. No trata la batalla del Salado, pero las técnicas militares en batallas campales anteriores eran similares a las que se aplicaron en Tarifa.

⁴⁴ Una de las crónicas portuguesas afirma que los musulmanes habían formado un palenque o corral pero la crónica cristiana en su descripción del ataque al cuerpo central del ejército enemigo no dice nada al respecto (Livro de Linhagens do Conde

crónica cristiana esta fue la acción decisiva, tras lo que vino la huida despavorida de los musulmanes, anticipo a la matanza que hubo posteriormente.

Pero parece ser que otro factor intervino. Como hemos dicho, parte del ejército cristiano se desplazó hacia la izquierda, moviéndose entre los dos ejércitos musulmanes, para acabar llegando al real de Abu I-Hasan. Tras saquearlo y unirse a los que habían salido de Tarifa, debieron atacar por la retaguardia a los benimerines, que no esperaban esta operación envolvente, realizada fortuitamente y en contra de las órdenes dada por Alfonso XI. Los musulmanes que esperaban un choque frontal con los cristianos, tuvieron que girar sus haces para enfrentarse con los que le atacaban por la retaguardia. El cambio de orientación de los pendones confundió a los que combatían más alejados, que entendieron que habían sido derrotados y que se iniciaba la huida. Posiblemente, ésto unido a las victorias parciales que se estaban registrando, arruinó todas las defensas musulmanas, concluyendo definitivamente en la derrota de los benimerines.

45

La tradición tarifeña y la intervención divina

Muy escasa es la huella de la batalla del Salado en la tradición tarifeña y esto es más llamativo cuando lo comparamos con la gesta de Guzmán el Bueno. Acontecida cuarenta y seis años antes de la batalla, dejó una intensa impronta en los tarifeños. Su historia se ha ido transmitiendo de generación en generación. Una estatua recuerda al legendario caballero castellano que defendió la plaza tarifeña cuando fue sitiada por los benimerines en 1294. La fortaleza tarifeña, una magnífica y bien conservada alcazaba cuyo núcleo se terminó de construir en 960, lleva el

D. Pedro, edición de José Mattoso, Academia de Ciências, Lisboa, 1980, pp. 244-249). No obstante, la táctica militar de los moros exigía el palenque, que sí lo formaron en la batalla de las Navas (F. García Fitz, Castilla y León frente al Islam, ob. cit., p. 381 y A. Huici Miranda, Las grandes batallas de la reconquista durante las invasiones africanas, ob. cit., pp.297-298).

⁴⁵ Esta es la narración que escribió el rey de Tremecén dieciocho años después de la batalla en la obra titulada El collar de perlas, A. Huici Miranda, Las grandes batallas de la reconquista durante las invasiones africanas, ob. cit., pp. 379-380.

nombre de Guzmán el Bueno, así como su imponente torre albarrana.⁴⁶ Nada de esto encontramos sobre la batalla del Salado, ya que su recuerdo sólo queda en el nombre de una de las principales vías de la ciudad.

Sólo dos historias tradicionales tarifeñas están ligadas con la batalla, siendo ambas posiblemente de formación reciente. Una de ellas se refiere al nombre con que se conocen los caseríos que se encuentran por donde debió desarrollarse la batalla. Su nombre es Pedro Valiente y la tradición cuenta que este Pedro fue un tarifeño que vivía por aquella zona y que se unió al ejército castellano en la batalla, teniendo una actuación muy destacada, por lo que recibió el sobrenombre de Valiente.⁴⁷ Una modificación de esta historia dice que el tal Pedro fue uno de los caballeros que vinieron con Alfonso XI y fue el primero en cruzar el Salado para enfrentarse a los moros; por el valor demostrado se le llamó Pedro Valiente, tomando ese nombre la zona donde protagonizó su hazaña.

La otra historia tradicional está relacionada con la intervención en la batalla de la Virgen de la Luz, patrona de la ciudad desde 1750. Cuenta esta leyenda que estando en lo más duro de la pelea, empezó a anochecer, lo que favorecía a los musulmanes. Entonces Alfonso XI se dirigió al cielo para clamar: ¡Señora, luz más luz! El prodigio se realizó y permaneció el cielo iluminado por el tiempo necesario para que concluyera la batalla con gran victoria cristiana. De aquí que se le diera la advocación de la Luz a la virgen tarifeña. La tradición también afirma que el rey castellano fue quien trajo la imagen de la virgen que hoy se venera.⁴⁸

Esto nos lleva a considerar la intervención divina en la batalla. La crónica del rey castellano refiere la devoción que el monarca tenía por la virgen María de Guadalupe, por cuya razón se encomendó a ella cuando vino a la batalla. Poco después de la victoria de Tarifa, en diciembre del mismo año, el rey acudió a Guadalupe en muestra de acción de gracias y concedió beneficios a aquella iglesia, que fue el inicio del gran esplendor

⁴⁶ SEGURA GONZÁLEZ, W., El castillo de Guzmán el Bueno, Grafisur, Tarifa, 1997, pp. 60-63.

⁴⁷ El cronista local Jesús Terán Gil nos informa, en comunicación privada, que la tradición oral afirma que el nombre de este tarifeño era Pedro Moya Castro.

⁴⁸ TERÁN GIL, J., Nuestra Señora de la Luz. La Patrona más meridional de Europa, Servicio de Publicaciones del Excmo. Ayuntamiento de Tarifa, Tarifa, 2000, pp. 61-64.

que tanto en España como en América tiene la devoción a la virgen guadalupana.⁴⁹

La narración de la batalla por parte de la crónica de Alfonso XI se desentiende de cualquier intervención divina, excepción hecha de las llamadas al apóstol Santiago con que los guerreros se envalentonaban. La crónica considera la victoria como un logro exclusivamente humano; aún más, como un logro personal del rey.

Esto no quiere decir que no existiera sentimiento religioso en los combatientes. Muy al contrario. Al amanecer del día de la batalla, Alfonso XI y los nobles que le acompañaban, escucharon la misa oficiada por el arzobispo de Toledo. En una sentida oración, el arzobispo pidió a Dios por el rey y por la cristiandad. En el momento de alzar, el rey sorprendentemente se puso de rodillas y públicamente declaró sus pecados y pidió a Dios que le perdonara. En su mentalidad creía que yendo a la batalla libre de pecado, Dios no le castigaría a él y por tanto tampoco a su reino.⁵⁰ El rey comulgó muy devotamente, lo mismo hizo el rey de Portugal y los caballeros principales.⁵¹ Por su parte los obispos iban "dando muy grandes perdones e ausolviendo a todos". Pero a partir de aquí todo lo que aconteció es obra humana. La victoria se consiguió por que Dios así lo quiso, pero se logró gracias a la labor de los guerreros.

Las crónicas portuguesas de la batalla describen una intervención milagrosa. Los portugueses habían traído la reliquia de la Vera Cruz de Marmelar. Un clérigo la portaba y tras él iba el pendón del rey. En el transcurso de la lucha, la Vera Cruz desapareció del campo de batalla, con cuyo favor los portugueses "peleaban porque ella era el mayor socorro de su devota esperanza". Entonces el prior Álvaro Gonzálves de Pereira mandó buscar la Vera Cruz "y con su venida y con las palabras de

⁴⁹ VILLACAMPA, C. G., Alfonso XI "el del Salado", Alfonso XII "el Pacificador" y Alfonso XIII "el Católico". Relación de estos gloriosísimos monarcas españoles con el Santuario, Cáceres y GCAXI, p. 449.

⁵⁰ CATALÁN MENÉNDEZ PIDAL, D., "La Oración de Alfonso XI en el Salado. El Poema, la Crónica inédita y la Historia", Boletín de la Real Academia de la Historia, CXXXI-1 (1952) 247-266.

⁵¹ La crónica portuguesa dice que los reyes confesaron con los confesores que le acompañaban a la batalla, Crónica dos sete primeiros reis de Portugal, ob. cit, p. 299.

esfuerzo, que con ella luego dijera el rey” los portugueses cogieron nuevos ímpetus y siguiendo a la reliquia lograron vencer a los granadinos.⁵²

Protagonistas singulares

La importancia de la batalla se refleja por la participaron en ella lo más principal de los reinos que se enfrentaron. Por ejemplo, en el bando cristiano tenemos a dos reyes; a tres arzobispos, los de Toledo, Santiago y Braga; a los obispos de Mondoñedo, Astorga, Palencia y otros obispos portugueses que la crónica no cita; a los priores de Crato y San Juan de Portugal; a los maestros de las órdenes militares de Alcántara, Calatrava, Santiago, Avis, Cristo y Santiago de Portugal; el adelantado mayor de la frontera; y a los principales nobles, como don Juan Manuel, don Juan Núñez de Lara, Álvaro Pérez de Guzmán, Pedro Núñez de Guzmán, Juan Alfonso de Albuquerque, Juan Alfonso de Guzmán (hijo heredero de Guzmán el Bueno) y Diego López de Haro, entre otros muchos.

En la batalla intervinieron otros personajes que tuvieron una actuación singular. Señalar en primer lugar a la reina doña María, hija del rey Alfonso IV de Portugal. A pesar de estar postergada por el rey,⁵³ que continuaba su relación ilícita con Leonor de Guzmán, actuó ejemplarmente, recurriendo con éxito en dos ocasiones para que su padre auxiliara a los castellanos.

Otro personaje digno de mención es Juan Alonso de Salcedo. Iba embarcado en la flota que se hundió días antes de la batalla. Fue apresado por los moros. Le ofrecieron que se hiciese musulmán y en caso contrario lo matarían. Juan Alonso se negó a renegar de su fe diciendo: “El mi rrey Jhesu Chisto morio por mi, e yo quiero morir por el”; los moros cumplieron su promesa y lo descabezaron.

Entre los benimerines que tuvieron más destacada actuación durante la batalla, se encontró Abu ‘Umar Tasufin, el Aboamar de las crónicas cristianas, hijo del sultán Abu I-Hasan. Fue apresado en la batalla. La crónica del rey de Portugal dice que fue cautivado por los portugueses.⁵⁴

⁵² Crónica dos sete primerios reis de Portugal, ob. cit., pp. 340-341; Livro de Linhagens do Conde D. Pedro, ob. cit.; RICARD, R., “La relation portugaise de la bataille du Salado (1340)”, *Hespéris* **43** (1956) 7-72.

⁵³ CORREIRA, R., SANTOS, C. A., *Quadros da historia de Portugal,....* vol 1, p. 113, afirman que la reina estaba recluida en un convento de Sevilla.

⁵⁴ Crónica dos sete primerios reis de Portugal, ob. cit., p. 346.

Pero en una interesante carta que el arzobispo de Toledo escribió el mismo día de la batalla, nos confirma que el infante musulmán fue apresado por Alfonso XI: “[...] allí mi señor el rey de Castilla peleando cuerpo a cuerpo aprisionó a cierto infante moro llamado Aboamar, hijo del rey de Benimerin [...]”⁵⁵ Este infante fue liberado en el año 1346 y poco después fue nombrado sultán de Fez.

Otro de los nobles musulmanes cautivados en la batalla fue Abu ben Alí (el Amta de la crónica portuguesa), sobrino de Abu I-Hasan e hijo del gobernador de Siyilmassa. Se lo llevó cautivo el rey de Portugal, que parece ser que fue quien lo apresó.

En la batalla de Tarifa estuvieron los dos más significativos escritores de aquella época histórica. El castellano don Juan Manuel y el granadino al-Jatib. De don Juan Manuel se ha dicho con acierto, que era tan hábil con la espada como con la pluma. Fue a quien se le ocurrió enviar el día antes de la batalla un destacamento a Tarifa, que tan decisivo fue para inclinar la victoria del lado cristiano. Don Juan Manuel fue el día antes de la batalla del Salado a Tarifa, para comprobar sobre el terreno el estado ruinoso en que se encontraban las defensas de la villa. Les dio instrucciones a los defensores tarifeños para que el día de la batalla atacaran la retaguardia enemiga. A don Juan Manuel se le encomendó la vanguardia del ejército castellano, como correspondía al noble de mayor categoría. Se le encargó que dirigiera la cabeza de puente tras pasar el río Salado. Pero en el momento decisivo rehusó pasar el río, a pesar de los requerimientos que recibía del rey. Algunos han entendido que este comportamiento no era más que una falta de lealtad y un intento de vengarse del rey, que había sido su enemigo durante los años anteriores.

El granadino al-Jatib participó en la batalla del Salado algunos años antes de tener gran protagonismo político en el reino de Granada. Simultaneó su vida pública con múltiples investigaciones en los más diversos campos. Llegó a escribir más de sesenta obras sobre temas tan dispares como metafísica, medicina, poesía e historia. Dejó escrita una breve descripción de la batalla, donde murieron su padre y su hermano cuando se produjo la huida.

⁵⁵ BENEYTO, J., El Cardenal Albornoz: canciller de Castilla y caudillo de Italia, Espasa-Calpe, Madrid, 1950, apéndice I y D. Catalán, Un prosista anónimo del siglo XIV, ob. cit., p.168.

De los muchos pendones que aparecieron durante la batalla, tres son de especial consideración en el bando cristiano. El pendón del rey de Castilla, que lo portaba Pedro Ruiz de Carrillo, que en el transcurso de la batalla se alejó peligrosamente de la posición ocupada por el rey y por cuyo motivo, Alfonso XI pasó un momento de grave aprieto al quedarse con pocas fuerzas, dado que muchos siguieron al pendón real. El pendón de Portugal fue llevado por Gonzalo Gómez de Acevedo. Y el pendón de la cruzada que había sido entregado por el Papa, lo portó un caballero francés afincado en Úbeda llamado don Yñigo.

Entre los moros más nobles que vinieron con Abu I-Hasan se encontraba Abu Zayyan 'Arif, al que la crónica castellana llama don Clarife. Era el jeque de los árabes de Suwayd y formaba parte del consejo del sultán. Se mostró cauto y temeroso del poder de los cristianos. Le aconsejó al sultán que no iniciara el cerco de Tarifa y ante la llegada del Alfonso XI, fue de la opinión de retirarse a Algeciras y que llegado el verano del año siguiente continuara la campaña pero sin cercar ningún plaza, de tal forma que podría llegar hasta más allá de Córdoba. Entonces obligarían al rey castellano a pagar unas parias a los benimerines, tras lo cual Abu I-Hasan volvería a Marruecos con el mayor prestigio.

Los hermanos Garci Lasso de la Vega y Gonzalo Ruiz de la Vega tuvieron el honor de ser los primeros de pasar el Salado con las fuerzas a sus órdenes, ante la indecisión que mostraba don Juan Manuel que era quien debía haber iniciado el combate. Los hermanos de la Vega iban en el cuerpo principal del ejército, delante del rey, con las meshadas de dos de los hijos de Alfonso XI, de los que eran mayordomos.

Una de las mayores tragedias que se registraron el día de la batalla fue el saqueo que los cristianos hicieron del real de Abu I-Hasan. Entre las personas regias que allí murieron se encontró Fátima, la mujer principal de Abu I-Hasan e hija del rey de Túnez, que murió con otras de las mujeres y algunos de los hijos menores del sultán.

La batalla del Salado fue un conflicto internacional, donde cada uno de los contendientes recabaron ayuda de sus aliados. Los benimerines contaron con el apoyo de los reyes de Túnez y Bugía que le facilitaron naves para la flota. Abu I-Hasan también tuvo el apoyo del califa de Oriente, al que los documentos cristianos llaman Soldán de Babilonia. La crónica cristiana nos informa del apoyo moral que recibió el sultán de Fez por parte del Soldán. Por la documentación conservada sabemos que a la batalla asistieron tanto caballeros como peones enviados por el Soldán de

Babilonia, que de esta manera indirecta se convirtió en otro de los personajes de la batalla del Salado.⁵⁶

La huella del Salado

La huella de la victoria del Salado sigue existiendo, tanto en España como en Portugal. Varias son las construcciones ligadas a la victoria del Salado. Es el caso de la Puerta del Perdón del Patio de los Naranjos en la catedral de Sevilla, que la mandó construir Alfonso XI nada más concluir la batalla. También fue el caso del monasterio de Santa Clara de Tordesilla, que según la tradición se edificó como inversión de los fondos obtenidos tras la victoria del Salado. Para conmemorar el triunfo, Alfonso XI hizo construir la iglesia de San Hipólito de Córdoba. Pero la construcción más peculiar de las levantadas con motivo de la victoria, es el denominado Padrón del Salado, hecho levantar por el rey portugués Alfonso IV en la población de Guimaraes. Se encuentra en el centro de la ciudad antigua, frente al monasterio alrededor del cual Guimaraes fue creciendo. Es un templo de estilo gótico, con una bóveda de crucería y que sepamos es el único monumento levantado en conmemoración a la batalla del Salado.

A la batalla de Tarifa acudieron, como era habitual en la guerra contra los moros, las mesnadas del rey, de los ricoshombres, de las órdenes militares y la de los concejos. Dada la enorme importancia de la victoria, los que a ella asistieron la tuvieron a título de gloria.⁵⁷ Numerosas poblaciones conservan el recuerdo de su participación en la batalla, sobre todo por los privilegios que por ese motivo recibieron del rey Alfonso XI. Este es el caso de Betanzos en La Coruña, a la que el rey le concedió en 1350 un privilegio que establecía beneficios fiscales. Por su parte, Monturque (Córdoba), recibió de Alfonso XI el privilegio de libre peaje por todos los caminos de Castilla, así como el dictado de Lealtad. Cervera de Pisuerga ganó por la participación de sus vecinos en la batalla el apelativo de "valor y lealtad". En cuanto al concejo de Carreño (Oviedo), cuyos vecinos vinieron a Tarifa bajo el pendón de Gijón, ganó el título de

⁵⁶ A. Canellas, "Aragón y la empresa del Estrecho en el siglo XIV. Nuevos documentos del Archivo Municipal de Zaragoza", ob. cit.

⁵⁷ Véase por ejemplo el caso de Juan Alonso de Guzmán. La lápida de su enterramiento se refiere a su participación en la batalla del Salado, RESPALDIZA LAMA, P. J., RAVÉ PRIETO, J. L., Monasterio de San Isidoro del Campo, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Sevilla, 2002, p. 90.

“muy leal”. O la más cercana población de Arcos de la Frontera, a cuyas gentes Alfonso XI les concedió la hidalguía, así como exención de tributos e impuestos.

Pero donde más huella dejó la batalla del Salado fue en Portugal.⁵⁸ A partir del siglo XIV empezaron a celebrarse en diversos lugares la fiesta de la Victoria Christianorum, como fue conocido el triunfo en la batalla de Tarifa. Pocos años después de la batalla ya se celebraba en Coimbra, en el año 1383 se hizo en Sintra, durante el siglo XV la celebración se extendió a Braga, Leiria y Obidos y ya en el siglo XVI se celebró en Évora.⁵⁹

Contemporánea con la batalla del Salado y enmarcada en las celebraciones laicas de la victoria, Alfonso Geraldés escribió un poema sobre el rey Alfonso IV de Portugal, que contenía una parte relativa al Salado, por cuyo motivo ha sido denominado Poema de la Batalla del Salado. Sólo unas cuantas estrofas se han conservado. Hay una estrecha relación entre esta obra y el Poema de Alfonso IX escrito en 1348, que contiene una mil cuartetas relacionadas directa o indirectamente con la batalla del Salado, muestra de la importancia que tuvo este acontecimiento en el reinado de Alfonso XI y así lo quiso expresar su autor Rodrigo Yáñez.⁶⁰

⁵⁸ VASCONCELOS E SOUSA, B., “O sangue, a cruz e a coroa. A memória do Salado em Portugal”, *Penélope* 2 (1989) 28-48.

⁵⁹ CORBIN, S., “Fêtes portugaises. Commémoration de la victoire chrétienne de 1340 (Rio Salado)”, *Bulletin Hispanique*, XLIX-2 (1974) 212-216 y MARTINS DA SILVA MARQUES, J., “Referências à batalha de Ourique em documentos dos séculos XIV e XV” en *Congresso do Mundo Português*, II, Lisboa, 1940, pp. 101-107. En la catedral de Toledo se estuvo celebrando la victoria del Salado cada 30 de octubre, PADRE MARIANA, *Historia General de España*, Madrid, 1852, p. 493.

⁶⁰ VAQUERO, M., “Relación entre el Poema de Alfonso XI y el Poema da Batalha do Salado”, *Actas I Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitaria, 1988, pp. 581-593.

Hay que reseñar que el 30 de octubre de 1940 España y Portugal celebraron conjuntamente en Évora los seiscientos años de la batalla del Salado. Por la época de la celebración, es innecesario decir el carácter político que se le dio a la celebración. Los actos estuvieron impregnados del nacionalismo entonces imperantes en ambos países. Los portugueses volvieron a recalcar el carácter milagroso de la victoria, incidiendo en el episodio de la Vera Cruz. Por su parte, Nicolás Franco, representante español y embajador en Portugal, en el discurso que dio en el acto central, ligaba la batalla del Salado con la reciente guerra civil española, a las que consideró como guerras de religión y fe.

Conclusión

La batalla del Salado representó el acontecimiento culminante en la batalla del Estrecho, episodio militar que tuvo a Tarifa como el punto central. Tras el Salado no hubo conquistas territoriales inmediatas, ni se acabó definitivamente con los enemigos. Pero Abu I-Hasan, todavía capaz de acometer una nueva agresión contra la Península, quedó debilitado ante los suyos, originándose entonces una serie de problemas internos. Ya no volvió a encontrar el sultán una nueva situación de bonanza económica, política y militar, que le permitiera programar una nueva aventura en el sur de la Península. Resultado de la batalla del Salado, fue el fortalecimiento del rey castellano, que animoso en extremo logró conquistar Algeciras y cerrar definitivamente las puertas de España a una nueva invasión africana. La posición de Tarifa mejoró algo, pero continuó en una peligrosa situación fronteriza con Granada y con la amenaza naval de los norteafricanos, que con el tiempo evolucionó hacia la piratería que azotó las costas tarifeñas durante siglos.